

Abilio Reig-Ferrer

EL PROFESOR Y NATURALISTA DON JUAN MIEG (1780-1859) EN EL 150 ANIVERSARIO DE SU FALLECIMIENTO (I)

Este año de 2009 se conmemora el 150 aniversario de la defunción de uno de los naturalistas más destacados de la primera mitad del siglo XIX. Natural de Basilea (Suiza), el profesor Juan Mieg fue en su patria de acogida, España, no sólo un buen docente sino también un fervoroso dinamizador de los estudios naturalistas durante la primera mitad del siglo XIX. Como docente, dedicó la mayor parte de su vida a la enseñanza de la física y de la química desde su cargo como profesor y director del Real Estudio físico-químico establecido en el Palacio Real de Madrid. Como naturalista de vocación, publicó varios libros, propició el excursionismo y el coleccionismo científicos, con una especial predilección por la entomología, la comunicación e intercambio de conocimiento con otros naturalistas, nacionales y extranjeros, y fue un competente artista de iconografía zoológica. Su apellido figurará en el nombre científico de algunas especies de insectos nuevas para la ciencia. Deseamos, aprovechando esta celebración, rendirle un modesto homenaje aportando una breve semblanza de este singular personaje así como algunos datos nuevos acerca de su vida y obra. Una información más exhaustiva de este poliédrico y polifacético personaje podrá encontrarla el lector interesado en la monografía que estamos ultimando (Reig-Ferrer, 2009). Aquí ofrecemos, siquiera brevemente, un apunte de su dimensión como docente y naturalista.

BOSQUEJO BIOGRÁFICO DE D. JUAN MIEG Y SUS PRIMEROS AÑOS DE FORMACIÓN

Don Juan Mieg nació en Basilea (Basel, Suiza) el 5 de noviembre de 1780, hijo de un próspero y honesto comerciante de tejidos, Mathias Mieg (1745-1829), y de su segunda mujer, Valérie Deucher (1759-1834). Los padres de Juan Mieg habían contraído matrimonio el 17 de enero de 1780 en Kleinhüningen [Petit-Huningue] (Mieg, 1934), una pequeña comuna de unos 430 habitantes y antigua plaza fuerte situada a la orilla derecha del río Rin casi limítrofe con Basilea. Mathias Mieg se había mudado aquí, desde su población de origen Mulhouse, a raíz de su divorcio por infidelidad de su primera esposa, Anne-Françoise Schmalzer (1750-1791). A pesar de que algunos investigadores (Acha Martín, 1992; Fraga, 2003), siguiendo la sugerencia del estudio de Ramón Agenjo (1968, 1969), fijan 1779 como el año de nacimiento de Mieg, un análisis más riguroso de toda la información disponible (Reig-Ferrer, 2009) nos permite establecer como fecha definitiva el cinco de noviembre de 1780. El nombre correcto de nuestro Juan Mieg era Johann, si bien durante su residencia en Francia adoptó el nombre de Jean.

Además de Juan, sus progenitores tuvieron otros tres hijos: Elisabeth (1781-1873), Charles (1783-1793) y Mathias (1785-1848). Después de realizar sus primeros estudios en su ciudad natal, Juan se trasladó a la Universidad de Friburgo de Brisgovia (Freiburg im Breisgau) para estudiar humanidades. Finalizados estos estudios en 1798, pasó a París, hasta el mes de agosto de 1802, para continuar su formación en matemáticas, física y química, historia natural y dibujo científico, como alumno de la Escuela Central de las Cuatro Naciones. Su aprovechamiento fue reconocido por profesores como Barruel, Brisson, Brongniart, o Lacroix. Su laboriosidad, capacidad y competencia para la historia natural, la física y química, y las matemáticas animó a Barruel a encargarle la docencia de sus clases en varias suplencias. La formación de Mieg en estas disciplinas científicas se completaría con el magisterio de otros célebres profesores de la época como

(Séance du 27 Juillet 1859.)

Présidence de M. le D^r AL. LABOULBÈNE, 1^{er} vice-président.

Communications. M. L. Fairmaire annonce que notre savant collègue M. Mieg, qui avait été reçu membre de la Société en 1849, est mort à Madrid, au commencement de cette année.

Anuncio del fallecimiento de Juan Mieg aparecido en la revista *Annales de la Société Entomologique de France* (1859)

Biot, Cuvier, Duméril, o Latreille en diversos establecimientos científicos parisinos.

Por recomendación de los profesores Alexandre Brongniart (1770-1847), Biot, y Lacroix, el Colegio de Blois (Departamento de Loire-et-Cher) le contrató en el año 1807 para la enseñanza de la física y lenguas (alemán y latín). Tres años después, el 24 de noviembre de 1810, la Universidad Imperial (Académie d'Orleans) le nombra Regente del Colegio. En este colegio permaneció como docente desde 1807 hasta 1812 con un sueldo de 1500 francos. Con la seguridad profesional que acarrea un trabajo de esta naturaleza, el joven Jean Mieg no dudó en traerse a Francia, aprovechando una visita a sus padres durante las vacaciones escolásticas de 1809, a una joven alemana que había conocido en 1808, Elisabet Eislin (1789-1844), natural de Villingen (País de Baden). La convivencia con esta pareja, con la que no llegó a casarse hasta el año 1830, fue muy infeliz, desafortunada y tormentosa hasta el punto de que Mieg decidió publicar un librito de 32 páginas, bajo el pseudónimo del Tío Cigüeño, para defenderse de las insidias y habladurías de su mujer: *Historia romántica de las tribulaciones, amors, posesion y vindicacion del Tío Cigüeño, con su feliz exorcizacion* (Mieg, 1841). Este rarísimo folleto, editado en Madrid (pese a mencionarse en la portada París y una supuesta segunda edición), sólo tuvo una circulación muy reducida entre unos pocos amigos y conocidos. Únicamente he podido consultar el ejemplar de este curioso escrito depositado en la Biblioteca Nacional de España (2/52026).

Este impreso, procedente de la biblioteca de Francisco Asenjo Barbieri (1823-1894), presenta dos anotaciones autógrafas de interés. La primera, de la mano del propio Mieg, aparece en la página 32 y reza: «la Tía Cigüeña, cansada de vivir con su miserable sueldo de 10 reales diarios, se dejó morir en Junio 1844. Requiescat in pace. Amen! ++». La tía Cigüeña, su ex-pareja, había dictado su testamento, con fecha de 20 de febrero de 1843, y dejaba como herederos a sus cinco hijos. En la segunda nota, escrita a lápiz en la portada, todavía se puede leer: «se halla en Carabanchel alto, casa de Melo albañil». Es sabido que durante largas temporadas Juan Mieg vivió en la quinta de recreo denominada «Vista Alegre» cuando ésta pertenecía a su amigo Pablo Cabrero y la administraba Joaquín Borrás. Posteriormente esta finca pasó a ser Posesión Real (Rodríguez Romero, 2000) y Mieg pudo residir de alquiler en la casa aludida por aquella mano anónima (véase, Reig-Ferrer, 2009).



Grabado en madera que representa a Juan Mieg y su mujer Elisabet aparecido en la "Historia romántica" de 1841

En Blois, nacería el primer hijo de esta pareja, Henry-Emile (Enrique), el 15 de julio de 1811. Poco tiempo después, en el año 1812, Fernando VII, monarca recluido por Napoleón en el castillo de Valençay (Departamento de Indre), conocedor de las cualidades docentes de Mieg, de su buen carácter, y de su especial destreza con los «juegos de manos», le propuso ser preceptor de física de sus altezas reales los príncipes, con una dotación de 3000 francos de sueldo y otras atenciones. La aceptación de Mieg tendría sus importantes consecuencias. Cuando en 1814 Fernando VII recobra el trono de España y tiene que regresar a Madrid, le ofrece un puesto como Criado de la Real Casa, con un sueldo anual de 24000 reales, y con el encargo de enseñar física y formar un gabinete de esta materia.

UNA BREVE INCURSIÓN A LA FACETA DOCENTE DE MIEG

Seguramente la venida a España no figuraba entre los planes de vida de Mieg, pero la oferta real era atractiva. Por ello, Juan no dudó en viajar desde Valençay a Madrid con su pareja e hijo en el mes de mayo de 1814 siguiendo la oferta verbal del monarca. En una Real orden de 14 de diciembre de 1814 se nombraba a Juan Mieg «Criado de Su Magestad», con el gozo privativo del fuero y privilegios correspondientes, el uso de uniforme, y el puesto de «Profesor de Física del Real Gabinete». Al año siguiente recibiría el título de «Director del Gabinete de Física y Química del cuarto del Serenísimo Infante D. Antonio». Al crearse en el año 1816 la Escuela Físico-química, ubicada en el Real Palacio

de Madrid, y bajo la protección y dirección del Infante D. Antonio Pascual (1755-1817), Fernando VII le confió la enseñanza de los estudios de física y química. Este establecimiento tuvo, no obstante, una breve existencia. El propio Mieg recordará esta etapa de docencia entre 1816 y 1820 con las siguientes palabras:

El tiempo de los estudios físico-químicos de la citada Real escuela se componía de cuatro años escolásticos, de los cuales dos estaban destinados á la Física, y los otros dos á la Química. Para la enseñanza de esta última ciencia adopté la segunda edición del excelente tratado de química de *Mr. Thénard*, traducido en español é impreso de orden de S. M.; y en cuanto á la Física se tomó por texto la obra de *M. Beudant*, sacando de los tratados de *Haiüy*, *Biot*, *Fischer*, &c. y de varios autores de mecánica y de óptica, los pormenores que Mr. Beudant solo había podido indicar en su obra (Mieg, 1840: v).

Los exámenes públicos se verificaban en presencia del monarca y de un tribunal compuesto por Andrés Alcon, Josef Mestre, Jáuregui Larrica, y el propio Mieg.

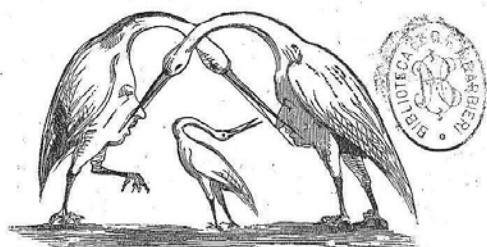
La inexistencia de un libro elemental y actualizado de química, capaz de informar a los alumnos de los principios básicos de esta disciplina, le animó a preparar durante el año 1815 un manual que publicará al año siguiente, traducido del francés por Joseph Acosta, su ayudante del gabinete, con el título *Lecciones elementales de Química para uso de los principiantes*. (Mieg y Acosta, 1816). Su precio no era barato (30 reales) y las láminas habían sido talladas por el célebre grabador Francisco Suria a partir de los dibujos del propio Mieg. Al objeto de poner al día los nuevos descubrimientos y rápidos progresos que se estaban produciendo en la química, Mieg publicará en 1822 unas adiciones a este su primer libro: «Suplemento a la obrita titulada *Lecciones Elementales de Química para uso de los principiantes* publicada en 1816».

Veinte años después publicará, para utilidad de los alumnos de física y química y justificando la inexistencia de una obra similar en castellano, su *Coleccion de problemas y cuestiones sobre la Física y la Química* (1840). En el texto no hay un sistema o pensamiento propios. El volumen lo divide en 16 capítulos o artículos que comprenden un total de 927 problemas o cuestiones. El contenido del manual planteaba las siguientes cuestiones: estática; dinámica; gravitación; hidrostática; hidrodinámica o hidráulica; aerostática y aerodinámica; acústica; calórico; electricidad, magnetismo; óptica; catóptrica; dióptrica; visión y colores; instrumentos ópticos; y química (calórico; gravedad específica y gasometría; y cuestiones varias). La metodología de trabajo para el alumno la copiará de sus antiguos maestros franceses:

El método utilísimo de proponer á los discípulos las cuestiones ó ejercicios sobre las materias que se han tratado en las lecciones públicas, lo debo á mis antiguos y respetables maestros *Mrs. Lacroix*, *Brongniart* y *Barruel*, del que se servían en sus lecciones establecidas á principio de este siglo en las *escuelas centrales de las cuatro naciones y de Plessis* en París. *Mr. Lacroix*, cuyos elementos de matemáticas se hallan entre las manos de todos los estudiantes, acostumbraba proponer al fin de cada leccion algunos problemas sobre la materia de que acababa de tratar, y estas cuestiones copiadas y resueltas en sus casas por los discípulos aplicados, se incluían en una caja cerrada al empezar la leccion siguiente, para ser en seguida discutidas y resueltas públicamente sobre el encerado por los discípulos que aquel célebre profesor tenia á bien señalar (Mieg, 1840: v).

Además de la docencia durante muchos años de física y química, el profesor Mieg colaboró, también, en otras instituciones madrileñas de la época. Es conocido su magisterio, durante la

HISTORIA ROMÁNTICA
 DE
LAS TRIBULACIONES,
AMORÍOS, POSESION Y VINDICACION
del Tío Cigüeno,
de Juan Mieg
CON SU FELIZ EXORCIZACION.



SEGUNDA EDICION,

adornada con dos viñetas alegóricas.

PARIS. — 1841.

Portada del libro *Historia romántica de las tribulaciones, amoríos, posesion y vindicacion del Tío Cigüeno, con su feliz exorcizacion*

década de los años cuarenta, en el Ateneo científico, literario y artístico de Madrid impartiendo gratuitamente clases de alemán y zoología para un amplio y diverso público. Un autor alemán escribirá sobre esta institución:

No puedo menos que mencionar una de las muchas sociedades que existen en Madrid y a la que se le conceden la mayoría de los apoyos, el Ateneo, que se abrió en el año 1835 con ocasión de cumplir su medio centenario como *Seminario de agricultura*, fundado por 200 sabios y artistas con la idea de fusionar en una Academia un establecimiento docente y un Museo literario. Como academia se estructuró en cuatro secciones, una para Política, una para Ciencias naturales, una para Matemáticas, Física y Astronomía, y una cuarta para Literatura y Arte. Como establecimiento docente, la sociedad del Ateneo tiene gran cantidad de alumnos, que se distribuyen en alguna de las secciones anteriormente citadas, y así mismo como museo literario posee una selecta biblioteca con la literatura española y extranjera de reciente aparición, un gabinete físico, una valiosa colección de minerales y monedas, y un elegante salón de lectura y tertulia, donde se encuentra, además de la literatura actual española completa, la relacionada con política, ciencias, y revistas literarias francesas e inglesas (Willkomm, 1846: 544).

Muy relacionado con su faceta de profesor de química y director del laboratorio de física, encontramos su interés por la magia blanca o «natural», como él mismo la denomina, notando que algunos la llamaban, impropriamente, Física recreativa o Física oculta. Él mismo confiesa su curiosidad por esta materia y su

asidua asistencia a este tipo de funciones y diversiones desde sus años juveniles parisinos: «[...] he asistido mas de diez años á las funciones bastante divertidas que en otro tiempo daba por las tardes un cierto *Préjean* en una de las galerias del *Palais royal* de París» (Mieg, 1821: 7). Por aquella época era célebre el espectáculo fantasmagórico que, entre otros artistas, realizaba Mr. Robertson con el megascopio de Mr. Charles. Llegó a popularizarse tanto este tipo de representaciones, unas veces con la linterna mágica que enseñaban los saboyanos en París, o con la máquina óptica de los ciegos en Madrid, que «las señoras en lugar de hablar de trages, de bayles, paseos y comedias, no se ocupaban en sus tertulias y sueños sino de espectros, de silfos y visitas nocturnas, leyendo con un ardor increible las novelas lúgubres de madama *Radcliffe*, y generalmente todas aquellas en que se encuentra sino de *l'esprit* á lo menos *des esprits*» (Mieg, 1821: 56). Alguna actuación de esta naturaleza ya la había realizado en presencia de la corte española durante su cautiverio en el castillo de Valençay:

Le roi, dans l'espoir de distraire sa solitude, fit venir à plusieurs reprises MIEG auprès de lui, et lui demanda de se livrer en présence de la famille royale à des expériences de physique. Le jeune professeur réussit bientôt à charmer si complètement son auditoire, que Ferdinand résolut de se l'attacher complètement, et qu'il l'appela à Valençay en 1812 en qualité de précepteur des jeunes princes pour les sciences physiques (Mieg, 1934 : 148).

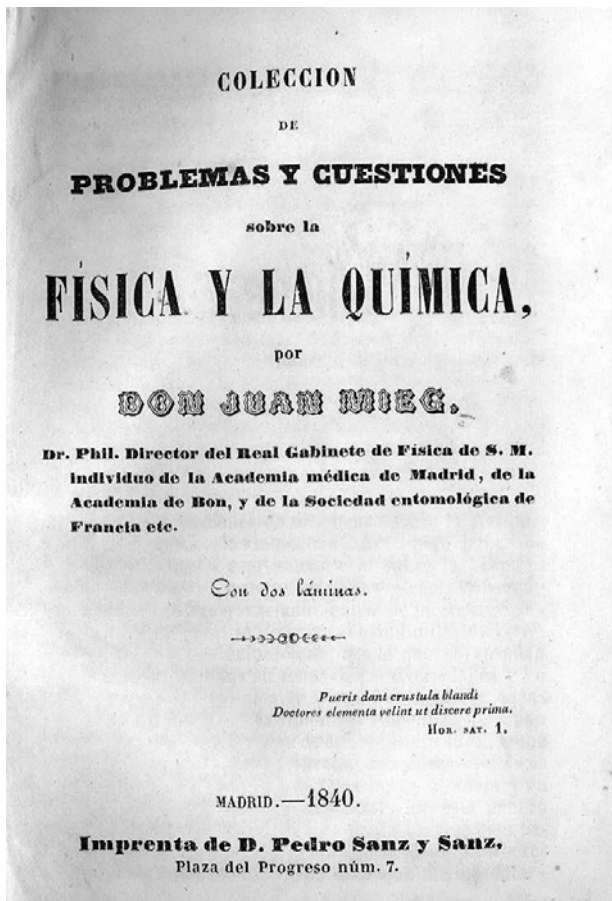
En diciembre de 1821, con motivo de celebrarse en Madrid un espectáculo fantasmagórico a cargo del famoso profesor de física y aeronauta Robertson (el belga Etienne-Gaspard Robert; véase, Robertson, 1831) y del joven indio Cossoul, decide Mieg escribir y publicar, en muy pocos días, un librito para comentar y valorar este espectáculo. Se trata de las *Noticias curiosas sobre el espectáculo de Mr. Robertson, los juegos de los indios, las maquinas parlantes, la fantasmagoría, y otras brugerías de esta naturaleza. Por un aficionado á la magia blanca* (Mieg, 1821). Esta obra, de 70 páginas y una lámina, la publicará de forma anónima en la Imprenta del Censor, Carrera de S. Francisco, vendiéndose en la librería extranjera de la calle de la Montera. En este escrito tratará de la identidad del indio Cossoul, de la fantasmagoría, de las máquinas parlantes, de los juegos de equilibrio, de proyección y de manos, o de la suerte de tragarse la espada.

Veamos a continuación, a modo de ejemplo, una muestra de aquellas habilidades del joven Cossoul, el alma del espectáculo de Mr. Robertson:

He observado sus diversas circunstancias con toda la atencion posible en la interesante escena que se verificó en el palacio de S. M. la noche del jueves 14 de diciembre. La espada fue cuidadosamente examinada antes y despues del esperimento por S. M. y AA. RR.; estaba roma y tenia como dos pies de largo. Cossoul se introdujo la hoja por la boca hasta la garnicion, y todo se hizo de una manera capaz de quitar las dudas de alguna supercheria aún á los jueces mas severos. SS. MM. y AA. miraron este espectáculo con mucha seriedad, pero S. A. la infanta, doña Francisca, me parece que volvió la vista á causa de su sensibilidad (Mieg, 1821: 15-16).

La explicación de nuestro autor es la siguiente:

Yo concibo pues que el indio habra ensayado en un principio á introducir y sufrir en su gáznate algun cuerpo alargado, delgado y flexible, como una sonda elastica ó una ballena; despues un cuerpo mas grueso y mas duro tal como una baquetilla de madera, y así sucesivamente hasta poder aguantar una hoja de hierro roma del grueso y tamaño convenientes. No hay duda en que de resultas de este ejercicio deberá el exófago



Portada del libro "Colección de problemas" (Biblioteca del autor)

ensancharse poco á poco y perder parte de su sensibilidad; de lo que puede juzgarse por analogía por otros hechos conocidos (Mieg, 1821: 16-17).

En un párrafo posterior comentará:

Por otra parte, no es tan fácil como se cree el poder presentar á S. M. muchas cosas nuevas de esta especie, vista la hermosa colección de aparatos mecánicos, eléctricos, magnéticos y ópticos, que producen sus efectos unas veces por un mecanismo propio é interior y otras por influencias estrañas sobre mesas preparadas, y que se hallan con todas las máquinas de instruccion en el real gabinete físico-químico (Mieg, 1821: 26-27).

Existe una relación completa de los objetos que pertenecieron a este Gabinete de Física inventariada por Mieg y escrita de su puño y letra hasta el año 1852 (Inventario de las máquinas y efectos del Real Gabinete de Física de su Majestad) (Sección administrativa, Legajo 701, Archivo general de Palacio).

En otro lugar justificará la inocencia de estas diversiones:

Toda persona juiciosa sabe hoy que todos los supuestos artes mágicos tienen causas naturales, pero muchas veces no pueden explicarlas principalmente cuando estas dimanen de la física ó de la química cuyos principios ignoran [...] hay un gran número de físicos, de artistas y de aficionados que egercen continuamente su industria imitando por medios físicos los supuestos prodigios de los antiguos mágicos, reuniendo todos los recursos que ofrecen las ciencias y las artes para divertir y sorprender agradablemente á los curiosos, sin pretender engañarlos [...]. Semejante arte nada tiene de reprehensible, y se llama á veces magia blanca. Lo llamo arte, porque hablando con propiedad nada tiene de ciencia, aunque todos sus medios

dimanen comunmente de la física, de la mecánica ó de la química (Mieg, 1821: 52-53).

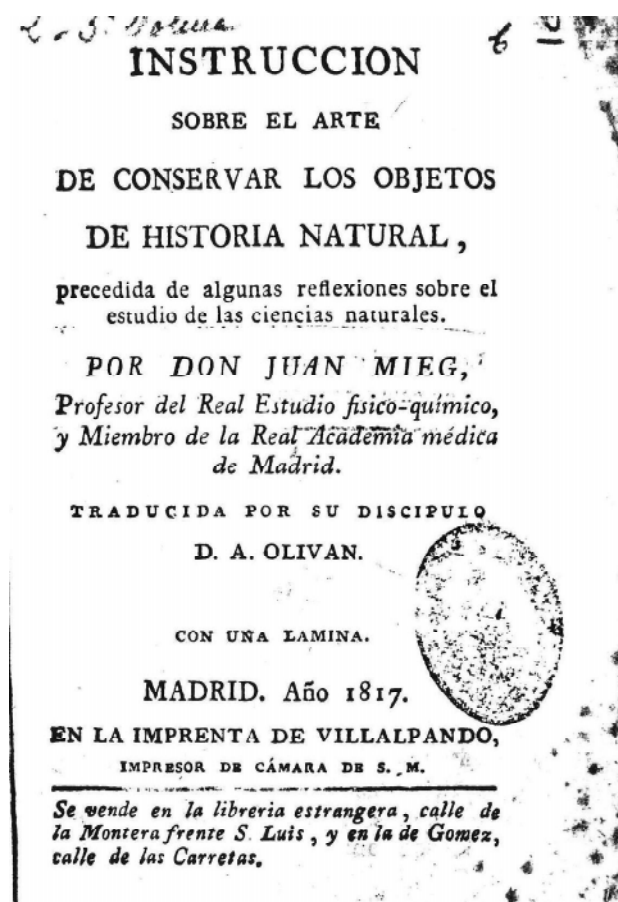
En una obra posterior, *El Brujo en sociedad*, declarará su autoría: «[...] y que he explicado en el folleto titulado: *noticias curiosas sobre el espectáculo de M. Robertson*, publicado en el año 1821» (Mieg, 1839: 284-285).

Este segundo libro, *El Brujo en sociedad, ó sea breve instruccion para aprender a ejecutar con destreza muchos juegos de manos y otras varias suertes curiosas y divertidas; con cuatro láminas; por D. J. Mieg* se imprimió en el establecimiento de los Hijos de Doña Catalina Piñuela, calle Amor de Dios, 7. Es un volumen en 8º, de 20 páginas introductorias, más 350 de texto, y cuatro láminas al final con más de 150 figuras explicativas de algunos juegos tratados. Al comienzo del prólogo deja claro la pretensión de su obra que no es otra que demostrar que los recursos de la magia blanca estriban enteramente en los medios que suministra la aplicación de las ciencias matemáticas y físicas y en la destreza de manos y de lengua:

Nadie ignora en el día que todos los supuestos encantadores, mágicos, taumaturgos, brujas, ó como gusten llamarse, no son mas que estafadores y charlatanes, ó bien gentes alegres que gustan divertirse sorprendiendo ó divirtiendo á los demas; y que todos sus pretendidos milagros y artes estriban en medios naturales, en la destreza de manos, la mecánica, la física, la química y en las matemáticas. Pero en verdad que no todos saben el *como* se operan los diversos efectos ó suertes con que aquellos pretendidos mágicos suelen asombrar á la multitud, y á veces hasta á las personas mas instruidas (Mieg, 1839: iii).



Portada del libro "El brujo en sociedad" (Mieg, 1839))



Portada del libro "Instrucción" (Mieg, 1817)

El volumen lo dividirá en cinco tipos de suertes: matemáticas (de aritmética y de geometría), de naipes (sin destreza y con destreza), mecánicas (sin ilusión y con ilusión), químicas, y una miscelánea de variedades.

La fantasmagoría, el arte de hacer aparecer fantasmas, espectros y otros espíritus por medios artificiales, tuvo en aquella época una buena recepción como divertimento por su extrañeza y originalidad. Cuando la fantasmagoría deja de ser una novedad, y una autoridad recelosa desconfía de este tipo de espectáculos, se produce su progresivo declive. Existía el temor de que este tipo de reuniones sirviera para la intriga y la confabulación:

Todo este pretendido arte de hacer comparecer á los muertos, no es pues mas que una quimera ó un puro engaño. Dios no ha dado al hombre ningun poder sobre las almas de los muertos ni de los vivos: sin esto no habria secreto alguno en el mundo, la vida de los soberanos y la tranquilidad de sus estados peligrarian continuamente (Mieg, 1821: 52).

Otra cuestión no menos importante tenía que ver con la necesidad de vigilar la moral y controlar los aspectos de orden público que podían producirse en este tipo de espectáculos. Finalmente, la autoridad tenía que responder también a las presiones de los empresarios de teatro que se quejaban de unos ingresos mermados ante el desvío de clientela hacia estos otros entretenimientos.

MIEG COMO NATURALISTA VOCACIONAL

Cuando Mieg llega a Madrid en 1814, la situación de los estudios de historia natural y su principal institución, el Real Gabinete de Historia Natural, se encuentran en una total parálisis.

Desde su fundación en 1771 este establecimiento se encuentra en su ocaso, en el final de un sueño ilustrado (Villena et al., 2009). En 1815, Fernando VII suprime el cargo de director y se nombra una Junta de Patronato, de la que sería director, algún tiempo después, Donato García, presbítero y mineralogista. Esta Junta funcionó, con varios cambios y vicisitudes, hasta el año 1821 en que pasó a depender de una Dirección General de Estudios. Posteriormente, en el año 1828, el Real Museo de Ciencias Naturales, fundado en 1815 por el monarca, tendrá una Junta de protección, presidida por Manuel González Salmón, y por los vocales Jacobo María de Parga, Josef Duaso, el conde de Argillo y Ramón Garcés de Marcilla, y por una serie de profesores: Donato García (Mineralogía), Tomas Villanova (Zoología), Juan Mieg (Química) y Josef Demetrio Rodriguez (Botánica), quedando desiertas las plazas de Agricultura y de Astronomía. El Real Gabinete de Historia Natural disponía de un bibliotecario (Manuel Castor González) y estaba abierto para el público únicamente los lunes y viernes de todo el año durante cinco horas.

Ante aquel panorama desolador, Mieg decide escribir dos libros para mitigar este estado de cosas a pesar de que, según sus propias palabras, «La Historia Natural ha sido siempre para mí una ciencia de recreo» (Mieg, 1819: xii). Su primer libro lleva por título *Instrucción sobre el arte de conservar los objetos de historia natural* (1817). Mieg se propone no sólo instruir en el arte de la conservación sino también en convencer al lector de la relevancia que la historia natural («el taller sagrado de la naturaleza») tiene en su formación integral como persona virtuosa:

por poco que se reflexione, aparecerán motivos poderosos para entregarse al estudio de la ciencia de la naturaleza, y para propagar sus principios: ninguna, despues de la teología, es mas propia para elevar nuestro espíritu hácia el Ser supremo; ella nos hace mejores, nos ofrece sin cesar medios de ser útiles á nuestros semejantes, y nos desvía, no de nuestras obligaciones, sino de las pasiones viles que embrutecen la especie humana, y de los excesos en que nos precipitan con harta frecuencia la ociosidad, el mal ejemplo y nuestras depravadas inclinaciones, contra las cuales se ve no pocas veces que la razon y la religion pueden triunfar apenas.

El que se complace en el estudio de la naturaleza, el que ha llegado á probar su encanto irresistible, se hace mas sensible al cuadro sublime de las maravillas del universo: su alma se remonta muchas veces con un vuelo divino, y se pone en estado de recibir impresiones, cuya idea ni aun concebir puede el ignorante. Al observar la sabia disposicion, la armonia admirable que reyna en todas las partes de este universo, al descubrir y calcular, en cuanto es dado al hombre, las leyes que presiden á su conjunto y á sus pormenores, al examinar la estructura de los minerales y la organizacion de las plantas y de los animales, desde nosotros mismos hasta la materia inerte, y desde la ballena hasta la mónada que solo es visible al microscopio; encuentra el observador instruido a cada paso milagros y obras maestras de una mano oculta y bienhechora, de cuya existencia nada es capaz hacerle que dude (Mieg, 1817: 4-5).

El objeto de esta «filosofía natural» que preside el libro consiste fundamentalmente en «observar y admirar las obras sublimes y variadas del Criador, y deducir de esta observaciones aplicaciones útiles á sus semejantes» (Mieg, 1814: 3). El interés de su provecho lo reiterará una y otra vez:

La *historia natural* no es, á buen seguro, la ménos útil de las diversas partes de la filosofia natural, y constituye actualmente un ramo esencial de la instruccion publica en todas las naciones cultas. Los cursos de mineralogía y botánica, asi como los principales ramos de la *antropologia* establecidos en esta capital, dejan poco que desear; y sus profesores, cuyo mérito es conocido, justifican plenamente la confianza que les dispensa nuestro augusto Monarca. No así de la zoologia. Al recorrer las

galerías de un museo justamente célebre, aunque incompleto y sin órden bajo muchos respetos, echa de ménos el amigo de las ciencias dos cosas principales. Primera, el no ver establecido curso público de zoología, y segunda, el que no tengamos siquiera un libro elemental de historia natural, que pueda hacer conocer á los jóvenes los primeros elementos de esta ciencia (Mieg, 1817: 15-16).

Mieg tiene un interés sincero en que los españoles conozcan la extraordinaria riqueza de su propia naturaleza y que puedan enriquecer la ciencia con la aportación de producciones naturales nuevas o desconocidas:

¡Ojalá que este pequeño ensayo pueda inspirar el gusto de la historia natural á los sugetos que tienen tiempo y medios de entregarse á tan delicioso estudio, contribuir á aumentar la riqueza del Real Museo, y penetrar mas y mas nuestra alma de reconocimiento y admiración hácia el soberano Autor de tantas maravillas! (Mieg, 1817: 33-34).

Su objetivo lo hace explícito en más de un lugar. Se debe y se puede coleccionar sobre el terreno, sólo así se podrá aprender a conocer y apreciar la flora, fauna y gea hispánicas:

Pocas personas, á la verdad, se encuentran en disposición de hacer viajes á países lejanos, y traer colecciones raras y curiosas; pero ¿no vale mas empezar por estudiar y reunir los productos de su patria antes de ocuparse de los de la China, América ó nueva Holanda? ¿No es bochornoso ver todos los dias gentes que conocen mejor la figura y propiedades del sen ó de la palma que las de la salvia y peregril? ¿que saben contarnos una multitud de cosas del cocodrilo y del camaleon, y que conocen perfectamente los caractéres de la serpiente de cascabel y de la boa, mientras que nunca se han atrevido á tocar uno de nuestros lagartos, ni aprendido a distinguir una rana de un sapo, ni una víbora de una culebra inocente? (Mieg, 1817: 32).

Y algo más adelante una nota ornitológica: «[...] se ven con bastante frecuencia aficionados á la historia natural, que conocen el colibri mejor que el cuquillo.» (pág. 111) y otra de tipo botánico notando a esos aficionados que tienen en sus «gabinetes muchas maderas exóticas, y apénas un muestra de árboles indígenas de nuestro pais» (pág. 111).

Para ello, y mediante este ensayo, Mieg enseñará en su libro la «utilidad de la ciencias naturales en general», el «arte de desollar, armar y conservar los pájaros», el «método de conservar los reptiles», el «modo de conservar los pescados», «del modo de coger y conservar los insectos», el «método de conservar los moluscos, los gusanos, zoofitos etc.», el «modo de preparar los esqueletos animales», y finalmente el «modo de recoger las plantas, secarlas, y formar herbarios».

Aquí ya se decanta el interés específico de nuestro autor y su gusto por la entomología:

Por muy pequeños que sean la mayor parte de los insectos, por poco apreciados que se vean en la generalidad, ninguna clase de animales encierra tantas maravillas ni variedades; y en el estudio de la *entomología* es particularmente donde encuentra el filósofo á cada paso las pruebas mas pasmosas de la sabiduría, del poder y de la bondad divina (Mieg, 1817: 64).

También recomendará Mieg ser muy cautos y precavidos con las falsificaciones de objetos naturales, sobre todo las realizadas con moluscos:

Pero jamas se debe abusar de estos medios de hermosear la naturaleza, como lo hacen con demasiada frecuencia los mercaderes de conchas que entienden á las mil maravillas el



“Portada del Paseo” (Mieg, 1819). Ejemplar de la biblioteca del autor

arte de crear nuevas especies con la ayuda de la lima, de la piedra pómez, del trípoli y de ciertas operaciones químicas (Mieg, 1817: 87).

Este mismo año de 1817 ya tenía preparado un segundo libro: *Paseo por el Gabinete de Historia Natural de Madrid, ó descripción sucinta de los principales objetos de Zoología que ofrecen las salas de esta interesante colección.* Sin embargo, su publicación sufrió «un retardo considerable por ciertas ocurrencias imprevistas que no podía ni prever ni evitar» (Mieg, 1819: xiii). Los sucesos impensados tenían que ver con el malestar que la lectura del manuscrito causó al personal responsable del gabinete, y muy probablemente a su bibliotecario y verdadero gestor del Museo, Manuel Castor González.

Con el consentimiento de la Real Junta de protección de ciencias naturales, y dedicado al marqués de Santa Cruz, protector de la Junta, este nuevo libro no pretendía ser un catálogo científico sino servir de

explicación sencilla y abreviada de los objetos mas curiosos, y en especial de los animales, que por su utilidad, por su organización é instinto excitan tan al vivo nuestra admiración [...] La historia natural forma en el dia en todas las naciones cultas un ramo interesante de educación: pocas ciencias hay que presenten tantas aplicaciones útiles en el discurso de la vida, y que sean tan propias para penetrar el ánimo de los jóvenes de respeto y reconocimiento hácia el Ser supremo (Mieg, 1919: v; vii).

Sorprende el descuido que la datación de este libro ha tenido en el, por otra parte, documentado libro de M. Villena, J. S. Almazán, J. Muñoz, y F. Yagüe: *El gabinete perdido. Pedro Franco Dávila y la Historia Natural del Siglo de las Luces. Un recorrido por la ciencia de la Ilustración a través de las <<Producciones marinas>> del Real Gabinete* (2009). Aquí, tanto en el Interludio IV como en la bibliografía, aparece como fecha de publicación el año 1815 (tanto para el «Paseo» como para la «Colección de láminas»).

En noviembre de 1819, aunque con fecha en la portada de 1818, se editarán cerca de 800 ejemplares de este volumen al precio de 16 reales. En el número 145 de la *Gazeta de Madrid*, de 25 de noviembre de 1819, se podía leer el siguiente anuncio en relación a este libro:

En casi todas las naciones cultas se han impreso catálogos ó descripciones más o menos completas de sus principales establecimientos pertenecientes á la ciencias y á las artes, y comunmente son los primeros libros que los extranjeros compran para llevarlos á su país y hacer reflexiones sobre el estado mas ó menos floreciente de las ciencias y de las artes en los diferentes estados que han visitado. El autor de la obra que ahora se anuncia, y cuya publicación se ha retardado mas de dos años por causas imprevistas, confía que el público recibirá agradablemente y con indulgencia este testimonio del deseo que le anima de hacer útiles sus tareas, y de que á su ejemplo se estimulen otros á imitarle. Para ello ha procurado que su lectura interese á toda clase de personas, aun á aquellas que por falta de proporción no puedan ver y examinar por sí los diferentes objetos de historia natural que encierra este precioso gabinete, pues leyéndola en su casa ó en el campo hallarán noticias útiles y agradables con que entretenerse y admirar el poder, la sabiduría y bondad de Dios. No correspondiendo al autor el hacer la apología de su obra, sino á las persona instruidas que han viajado, y pueden comparar el mérito de ella, á pesar de sus defectos, con el de las que se han publicado de su clase en otros países, omite extenderse sobre el particular; pero si el público recibe con benignidad este primer ensayo, el autor procurará extenderle y perfeccionarle mas (pág. 1280).

Mieg se encontrará con tres problemas. Primero, no domina suficientemente el castellano, por lo que el manuscrito, escrito en francés, será traducido por dos alumnos suyos: Alejandro Oliván y Antonio Moreno. El segundo problema con el que se enfrenta tenía que ver con la escasez de un vocabulario adecuado y disponible de nombres científicos castellanos; por ello, advertirá de que «he conservado con frecuencia los nombres latinos, que se sabe son los únicos, con cuyo auxilio pueden entenderse los naturalistas de todas las naciones. De este modo podrá el librito servir también para los extranjeros; y con esta mira he creído útil añadir igualmente nombres franceses» (xi). En una nota a pie de página reconocerá su deuda con «dos sabios muy conocidos en esta capital, y cuya modestia me impide les haga la justicia de nombrarlos en esta obra» (xi). Es muy probable que estos dos modestos sabios se encontraran entre estos tres: Simón de Rojas Clemente Rubio (1777-1827), Tomás de Villanova Entraigues (1769-1837), o Matías Velasco (Reig-Ferrer, 2008). El tercer problema es el más importante. La ubicación y condiciones de los objetos del gabinete era claramente deficiente por lo que era muy probable la aparición de algunos errores de determinación:

Las personas instruidas en Historia natural saben muy bien que no es fácil determinar objetos vistos desde lejos, y de un modo incompleto. Para determinar un ave, es necesario ver distintamente, no solo el pico y cuello, sino también sus pies, la cola, el lomo [...] Se concibe fácilmente, que en un estante elevado, y muchas veces oscuro, no pueden hacerse todas estas observaciones, y que por consiguiente será necesario con frecuencia *adivinar* en lugar de *determinar* (xii).

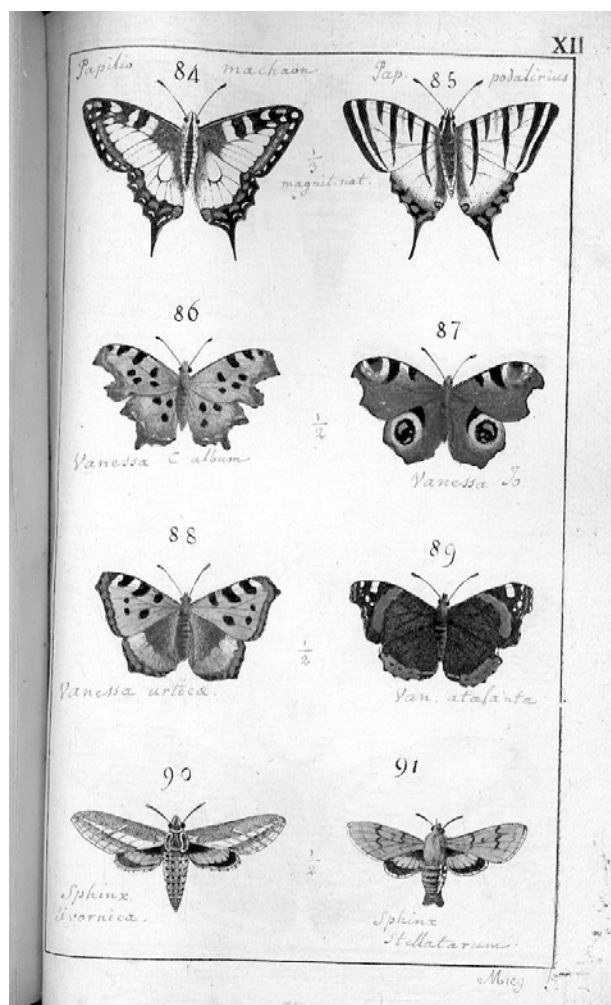


Lámina XII de la "Colección de láminas" (Mieg, 1821).
Biblioteca del autor

Como libro de difusión del conocimiento científico a una amplia audiencia no especializada, el texto de Mieg es francamente excelente. Censura la «admiración estéril» de muchos de los visitantes del gabinete y apuesta por realizar una visita sacando partido de la misma. Esta guía debía informar de lo que había de mayor interés en el museo pero, además, formar al curioso de una manera más provechosa. Para ello inventa un escenario (el paseo) y despliega una técnica didáctica (el diálogo de ficción entre el Maestro y el Discípulo) como medios para promover el aprendizaje de manera interactiva. Sirva de ejemplo el diálogo que se apunta a continuación entre el discípulo (D) y el maestro (M) que tiene unos aires claramente modernos:

D. Otra palabrita sobre esta clase de animales si vd. gusta. Me ha repetido vd. tantas veces *que todos los animales tienen su utilidad*, ¿y qué podré responder cuando me pregunten *para qué sirven los zoófitos?*

M. Amigo mio, las nociones que tenemos de la utilidad de los animales, y de sus relaciones con el sistema general de la naturaleza, son demasiado limitadas para que sea siempre posible responder de un modo satisfactorio á semejante pregunta, que todo hombre juicioso y reflexivo se guardará bien de hacer tan de improviso. El hombre es naturalmente egoísta: no calcula por su gusto la utilidad de los animales sino según la ganancia aparente que saca de ellos, especialmente como alimento y como vestido; y por lo tanto parece bastante natural el preferir la gallina al cuervo, el castor al gato, la abeja á la mosca, el salmón a la tenca, y la perla á esa multitud de zoófitos que esconde el mar en sus abismos. pero al juzgar así se hace el hombre frecuentemente injusto hácia la Divina Providencia; se olvida de que muchos de esos seres pueden serle útiles de un

modo oculto que no choca al pronto á los sentidos, y sin que pueda precisamente comérselos ni vestirse de sus despojos. Así es v. gr. que no comemos cebada, trebol, ni algarroba; pero á pesar de esto nos proporcionan grandes ventajas de un modo mediato, aun bajo el respecto [*sic*; aspecto] de alimentos. Aunque pocos pueden mirar sin disgusto las que se comen los buitres, los cuervos, los gorriones, &c., se convierten no obstante estos animales en nuestros bienhechores, manteniéndose de carnes podridas que corrompen la atmósfera, y destruyendo una infinidad de insectos dañinos que infestan nuestros jardines y bosques, y destruyen nuestras provisiones.

Dejémosnos pues de juzgar de la importancia de los animales por los ligeros conocimientos que tenemos de su utilidad, y persuadámonos de que segun los decretos del Autor de la naturaleza nada es inútil de lo criado, que todo está subordinado y ligado en la armonía universal, y que los seres mas pequeños y mas despreciables en apariencia hacen un papel mas ó menos interesante. Cada día se descubren objetos nuevos que sirven al hombre mediata ó inmediatamente, ó se hallan nuevas propiedades en los seres conocidos de largo tiempo (pp. 361-362).

Notamos también cierto interés por señalar la primacía de su esfuerzo:

En tanto me lisonjeo de que los curiosos recibirán con gusto este ensayo, de que han carecido hasta ahora; porque á imitación de lo que sucede en la Real Academia de pinturas, podrán satisfacer su curiosidad, hasta que en otra edicion, que me propongo hacer con las modificaciones convenientes, logro hacer mas interesante este trabajo: ademas de que no tardará mucho en publicarse, por via de suplemento, la pequeña coleccion de láminas que se indica en el prólogo (p. 512).

Efectivamente, dos años después (1821) aparecerá la *Coleccion de láminas para servir de suplemento a la obrita titulada Paseo por el Gabinete de Historia Natural de Madrid dibujadas y grabadas por el autor con 32 páginas de texto y 29 láminas dibujadas y grabadas al cobre por Mieg con un total de 210 dibujos. Se vendía en la librería de Sanz a 12 reales las láminas negras y a 25 las iluminadas:*

Esta coleccion de láminas, anunciadas en la obrita á que sirve de suplemento, tiene por principal objeto hacer la lectura mas interesante á las personas que residen fuera de la capital, evitándoles recurrir a libros costosos, y á veces dificiles de encontrar. Con respecto á los lectores que tienen posibilidad de frecuentar la bella coleccion del gabinete de historia natural, encontrarán en estas láminas un medio pronto y seguro de hallar siempre los diversos seres que la constituyen, cualquiera que sea su disposicion (Mieg, 1821: 3).

Aquí de nuevo reitera la finalidad de su empresa: «inspirar á los jovenes el gusto y aficion á la historia natural, y por consiguiente la admiracion á las obras del Criador» (p. 10). Con este conjunto de láminas desea proporcionar a «todas las clases de lectores que se interesan en las maravillas de la naturaleza, una obra divertida, instructiva, vulgar, y por fin de un precio moderado» (p. 5), sin olvidar la importancia de que los jóvenes aprendan dibujo y pintura como medios imprescindibles para el conocimiento:

Estas láminas pueden ofrecer doble utilidad á los jóvenes que tengan algunos principios de dibujo y que quieran divertirse en iluminar las que al efecto se han estampado en un papel particular. Este corto trabajo no solamente les aprovechará para ejercitarse en el género de pintura llamada comunmente aguada, sino que servirá para fijar en su memoria una gran porcion de animales curiosos, cuyas propiedades les explica la citada obrita. La esperiencia ha demostrado que un objeto de historia natural que se haya dibujado una vez jamas se borra de la memoria (Mieg, 1821: 7).



Portada de la "Historia natural de los insectos" (1846)

La gran mayoría de los dibujos están copiados de otros autores, si bien algunos, de mayor calidad artística, se basan en los ejemplares de su propia coleccion entomológica: «En general estas figuras están tomadas de las obras de *Edwards, Schreber, Buffon, Bloch*, la *Enciclopedia, Raesel, Lister, &c.*; y la mayor parte de los invertebrados indigenas han sido dibujados teniendo á la vista mi propia coleccion» (Mieg, 1821: 7). Como muestra de ello presentamos a continuación una lámina de lepidópteros (lámina XII) de su coleccion, con notas autógrafas del propio Mieg y coloreada por él mismo.

El problema de la falta de un diccionario zoológico de nombres vernáculos se nota de nuevo aquí:

Los nombres españoles de que me sirvo, los debo á la bondad de varios sabios versados en este ramo de ciencias naturales. Pero como sucede á veces que un mismo animal tiene muchos nombres diferentes y vulgares segun las diversas provincias, y entre los que ha sido necesario elegir para no presentar á los lectores un vocabulario trivial é insipido en lugar de un catalogo corto y espresivo, yo no puedo responder de la exactitud de todos los nombres de que he hecho uso. Si esta nomenclatura se tacha de vacilante é imperfecta, no es culpa mia, sino de la falta que tenemos de un diccionario científico ó de alguna obra española de historia natural sistemática y algo completa, en la que se haya procurado reunir y fijar los nombres vulgares que existen, *castellanizando* (como hizo *Cabanilles* respecto á la Botánica) los que falten, cuyo metodo se ha seguido en casi todos los idiomas vivos de Europa (Mieg, 1821: 9).

Algunos autores han criticado, demasiado severamente en mi opinión, aquella primera guía del museo de ciencias naturales. Así, el célebre viajero inglés Richard Ford (1796-1858) tachará el libro del *Paseo* como «*a poor sort of a guide-book*» (Ford, 1855: 674). López Piñero, que equivocadamente llama al tío Cigüeño, «Tío Lechuzo», insinúa que el «librito es notable por su absoluto silencio acerca de los estudios científicos más directamente relacionados con el Gabinete» y que pasa por alto, también, cualquier actividad científica española (López Piñero, 1996: 68-70). No deseamos insistir, una vez más, en que el cometido de aquella obra no era el sugerido por este historiador de la ciencia. Por otra parte, la ausencia de una institucionalización de la zoología en España en esos años era absoluta.

El tercer libro de interés, el primer manual de entomología escrito en lengua española, lo publicará 25 años después: *Introducción á la historia natural de los insectos, con el modo de cojer, matar y conservar estos animales* (Mieg, 1846). Se trata de una obra de mayor especialización y de mayor interés personal:

Tal vez no hay ninguna otra ciencia como la *Entomología* [sic], que en un principio tenga menos atractivos para el hombre que la desconoce, y que en seguida cautiva mas la atención y dé mas gusto al paso que se adelanta en sus estudios. La historia de los insectos es para el entomófilo un manantial de instrucción y de placeres que todos pueden disfrutar y que casi nunca está acompañado de disgustos (Mieg, 1846: 54).

En palabras del primer biógrafo hispano de Mieg, Ramón Ajenjo Cecilia (1908-1985),

Mieg merece mejor el nombre de entomófilo –palabra que introdujo en nuestro idioma y yo reservo para designar a los coleccionistas- que el de entomólogo, ya que nunca describió ninguna especie, aunque ayudó a otros a que lo hicieran, y sin duda descubrió muchas (Ajenjo, 1968/1869: 301).

De alguna manera también la publicación de este raro libro responde a la necesidad de disponer de una obra básica para que los principiantes en historia natural aprendan los conocimientos básicos de la entomología, de la caza y conservación de los insectos de modo que pudieran formarse como colectores: «Esta provincia del reino animal es tan poblada, tan inagotable, que en todos los países se descubren continuamente insectos nuevos; y así no es extraño haya tantos entomólogos, entomófilos y colectores de insectos, pues hasta las mujeres se dedican á este divertido estudio» (Mieg, 1846: 54). Y algo más adelante: «En la mayor parte de los países cultos, en que los elementos de historia natural forman parte de una educación liberal, la *Entomología* encuentra siempre mas apasionados que los demas ramos de Zoología; por razon de que las colecciones entomológicas no son costosas ni difíciles de formar, ni exigen tampoco largos viajes, pues todas las regiones del globo pueden dar cosechas mas ó menos abundantes de insectos» (p. 69).

Todos los libros de Mieg son, desde siempre, muy codiciados por su rareza, y éste último no lo es menos. Por ello, permítaseme recoger aquí algunos otros párrafos de interés:

Por muy pequeños que sean la mayor parte de los insectos, por poco apreciados que se vean en la generalidad, y aunque muchas veces pisemos estos seres sin acordarnos de que nuestro pie destruye las mayores maravillas de la creación, es incontestable que ninguna otra clase del reino animal contiene mas bellos rasgos de la sabiduría y bondad del Criador (p. 3).



Portada de la "Historia natural de los insectos" (1846)

Y más adelante:

A pesar de esta inmensidad de insectos que pululan casi por todas partes, la naturaleza benéfica no ha dejado de establecer ciertas leyes que determinan y arreglan sus moradas y las épocas de su aparición. El insecto destinado á vivir sobre la corteza de los árboles no se halla en las raíces; unos en fin aparecen temprano, y otros mas tarde. De este modo uno da lugar al otro sin estorbarse mutuamente en las ocupaciones recíprocas que el Criador les señaló en el gran teatro de la naturaleza. A la verdad sucede á menudo que el mas fuerte acomete y vence al mas débil, pero tambien le proporciona á veces proteccion y alimento. Así como la débil yedra trepa por el robusto roble sacando de este vida y sustento, del mismo modo el insecto grueso está precisado á suministrar al pequeño albergue y alimento; y á pesar de la encarnizada y perpetua guerra que existe entre ciertos géneros de insectos, las cosas están combinadas tan sabiamente, que la pérdida del uno sirve muchas veces á la manutención del otro, y la fecundidad de las especies está proporcionada á los peligros que amagan á los individuos (p. 38).

Continuará ...